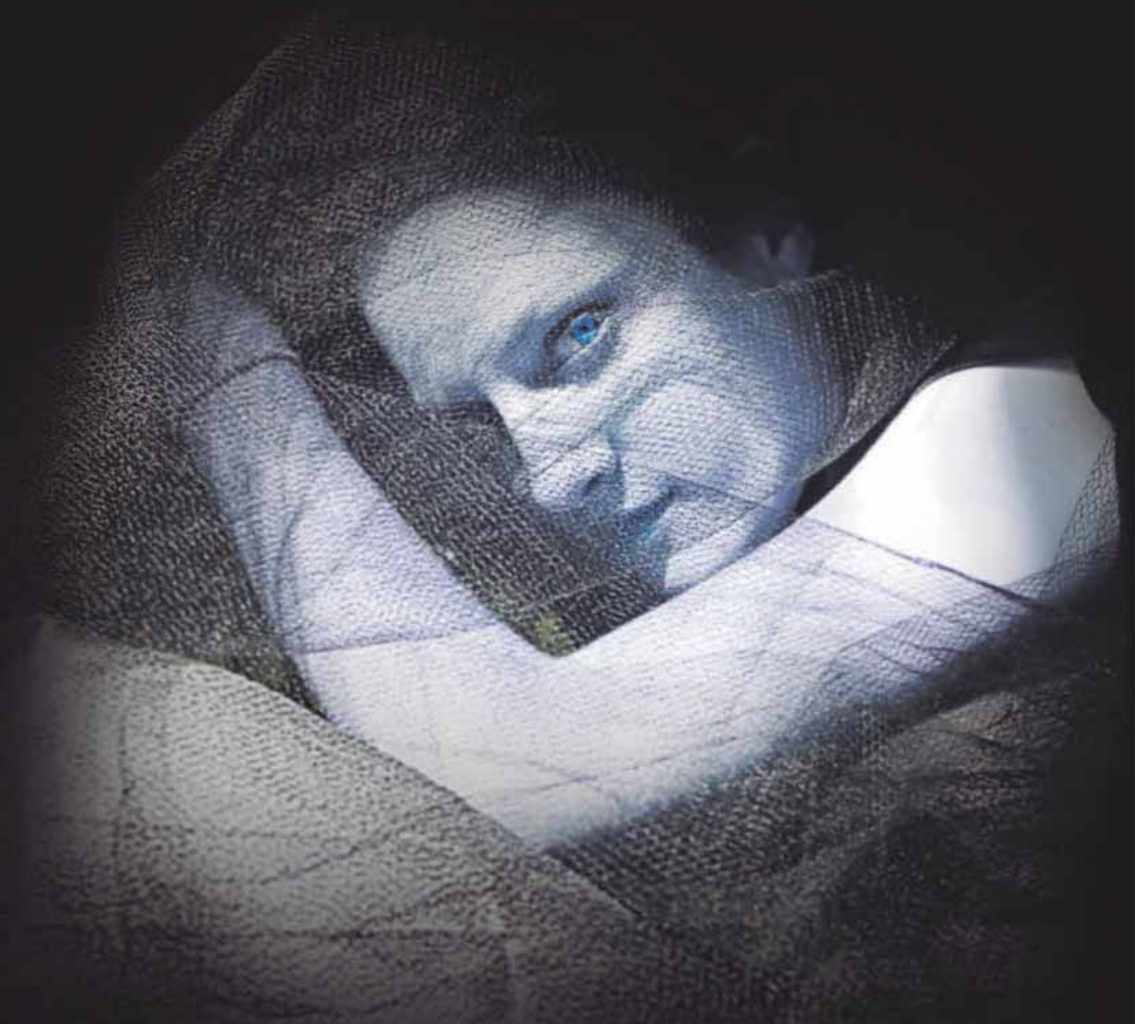


DESNUDA

*Amor y miedo
nunca deben ir unidos*



JORDI SIERRA I FABRA

Desnuda

Jordi Sierra i Fabra



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida

© Jordi Sierra i Fabra, 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-6963-6
Depósito legal: M-3262-2014
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Marga.
¿Qué?
Cómo me pones.
Va, calla.
Pero si es verdad.
Ya, pero lo dices de una forma...
¿Cómo quieres que lo diga?
No sé, más dulce.
¿Te parece poco dulce?
Es que eso de «poner» suena hortera.
¡Anda con lo que me sales!
¿No puedo decirte lo que pienso?
¿Así que soy un hortera?
No, yo no digo eso. Solo que lo de «ponerte»...
¿Cómo quieres que te lo diga?
No sé. Dime que estás bien conmigo.
Lo estoy.
Y que me quieres.
Te quiero.
Y que...
Él la besa. No la deja seguir hablando.
Y ella se abandona.

Con la mente del revés, las sensaciones partidas, las emociones como regalos recién abiertos.

La sorpresa.

Es ella.

Ella y él.

Todo nuevo, distinto, arrebatador.

Me pones, me pones, me pones.

Hortera.

Pues vale.

Yo no necesito ponerme. Me basta con sentirme bien.

Yo te haré sentir bien, siempre.

Lo sé.

Mimada, en un pedestal.

No, no quiero estar en un pedestal.

¿Por qué?

Porque en los pedestales solo hay estatuas y la gente las mira. Nada más. Yo quiero sentirme viva, Ramiro.
Viva.

Dios, mira que eres preciosa.

Va, que hablo en serio.

A veces demasiado.

¿Qué quieres decir?

Que hablas demasiado bien.

¿Y eso es malo?

¿Para qué necesitamos hablar?

Vuelve a besarla.

Como si fuera a comérsela.

Y a ella se le borra todo de la mente.

O casi todo.

Incluso en el peor de los huracanes, en plena turbulencia, en el centro está su ojo.

Quieto.

Muy quieto.

Las nuevas palabras ya no pueden salir de su boca, porque él la cubre con la suya, segundo a segundo, minuto a minuto, eternidad a eternidad.

¿Hay un antes y un después del primer amor?

¿Hay vida en el pasado?

¿Hubo vida cuando no había nada?

En algún momento dejó de jugar con muñecas para jugar con su cuerpo. En algún momento dejó de ver sueños para verse en el espejo. En algún momento dejó de imaginar para ser. En algún momento cambió la inocencia por la realidad. En algún momento se convirtió en una persona con sentimientos, corazón y lágrimas.

En algún momento.

Pero ya no se acuerda de cuándo. Lo ha olvidado.

Ramiro. Ramiro. Ramiro.

En su cuento favorito de la infancia, cuando todo eran princesas en sus historias, a Blancanieves la despertaba de su letargo el príncipe encantador con un beso. Ella misma había jugado a ser Blancanieves. Se dormía y la despertaba el beso de su padre, de su abuelo o de Ricardo, su vecino ya ausente porque la crisis se lo había llevado a otro horizonte.

Con Ramiro había sucedido algo parecido. Estaba dormida. Estudiar, las amigas, Laia, estudiar, las amigas, Laia, estudiar...

Y de pronto...

Cuando camina envuelta en el algodón de sus sueños,
Marga sabe que flota.

¿Será siempre igual?

¿Siempre?

Hay palabras que estremecen, y las que abarcan la totalidad son las principales: siempre, nunca, eternidad, jamás, todo...

Sus padres llevan casados casi veinte años y ya no se besan. Incluso imaginarlos en la cama, desnudos, amándose, la hace estremecer. No lo concibe. Pero si se aman, si un día fueron como Ramiro y ella...

Ramiro y ella.

Siempre.

La palabra pesa como una losa.

Está enamorada.

E-na-mo-ra-da.

Y él lo mismo, aunque diga que más. Lo mismo.

El amor es un terremoto seguido de un tsunami.

El temblor te lo cambia todo, te lo altera todo, lo remueve y lo agita todo. Pero es el tsunami posterior el que inunda el corazón de luces y sorpresas.

Siempre. Siempre. Siempre.

¿Será Ramiro siempre igual?

¿Será

el

hombre

de

su

vida

y

de
sus
sueños?

Marga suspira.

Eres una romántica, se dice.

Sí: ¿cuándo dejó de leer novelas de amor para ser la protagonista de la suya?

La musiquita rompe el silencio.

Más bien es un silbido agudo de cinco notas.

Marga deja el libro. En la biblioteca hay dos, tres miradas.

Móvil. Pantalla. *WhatsApp*.

«Dónde estás?».

Y escribe:

«En la biblioteca».

Lo deja y vuelve al libro. Tiene que meterse eso en la cabeza. Estudiar, estudiar, estudiar. En casa es más difícil. En casa no lo consigue. ¿Cómo concentrarse en medio de...?

Otra vez el aviso.

Más miradas.

Coge el móvil y, lo primero, elimina el sonido.

Luego lee el nuevo mensaje.

«De verdad?».

Se siente irritada.

Celos, celos, celos.

Primero le gustaba. Ramiro celoso. Bien. Comía de la palma de su mano. A más amor, más celos.

Ahora ya no está tan segura.

¿Tanto la quiere?
«Pues claro. Dónde quieres que esté?».
Tercer intento de concentración, pero ahora pendiente del teléfono porque sabe que él insistirá.
Ahí está.
«Haz una foto».
Se irrita más. El amor es posesión. ¿No debería ser libertad? No lo entiende. Cada vez es peor.
No, no hará la foto.
¿Es que no la cree?
Ese es su problema.
No, no, no, no la hará.
Un minuto. Dos. Tres.
Nuevo *WhatsApp*.
«Marga?».
No la dejará en paz. No podrá estudiar. Es un agobio.
Peor aún: la llamará por teléfono, y no podrá hablar si está en la biblioteca.
Aprieta las mandíbulas y hace la foto.
Se la manda.
Espera.
«Has tardado. Has ido corriendo a hacerla, o ya la tenías en el móvil?».
Siente deseos de llorar.
Tantos mensajes, todos los días.
Y tantas discusiones.
«Capullo!», escribe.
«Guapa!», le contesta.
Se acabó. No le quita ojo a la pantalla y ya no hay más. Pero no consigue concentrarse en el libro. No puede. No después de la maldita foto.

Cierra los ojos y le recuerda como era antes, o al menos
como le hizo ver y creer que era.

Tan diferente...

Aquel primer día, en la discoteca...

¿Cuándo dejó Ramiro de ser tierno, dulce, amable?

*¿En qué momento exacto empezó el amor
a convertirse en un callejón sin salida?*

Marga no lo sabe.

*Tal vez fuera desde el mismo principio;
quizás las llamadas constantes, la demanda
de atención, ese amor absoluto que Ramiro
decía sentir por ella... Sí, puede que todas esas cosas
ya contuvieran una semilla de violencia.*

Desnuda es un libro duro, cortante, directo.
Un libro sobre los malos tratos en la adolescencia.
Un libro necesario.

